

LA TEMPORALIDAD

Lic. Graciela Senosiain

Mismo árbol en diferente estación.

Recuerda, todo es temporal.



La pandemia despojó al mundo de parte de su belleza. Nos dejó sin distracciones, cine, teatro, encuentros de arte y, en buena medida, restringió expresiones culturales.

Los rituales fueron también modificados, en algunos casos suspendidos, y con ellos la dificultad de procesar psíquicamente algunas situaciones: duelos, festejos, celebraciones.

También parte de la esperanza de superación de agresiones, diferencias, discriminaciones, no ha podido concretarse.

La ciencia, ha sido altamente desafiada por el virus. Las cuestiones más pulsionales han quedado claramente expuestas, desencadenando en cada uno de nosotros –en nuestro interior– alguna ausencia de deseo del bien hacia otros.

Esta realidad, conmovió al planeta y, en algún sentido, ha empobrecido al mundo. Nos arrebató lo “más humano” de lo humano, el abrazo, el contacto afectivo; nos cubrió la boca, ocultó la sonrisa, y cuestionó muchas cosas que creímos permanentes.

Sin embargo, todo es **temporal**, todo es provisorio. Como contracara, nuestra capacidad de amar –no desplegada hoy hacia situaciones y objetos del día a día– puede mostrar una mayor intensidad hacia aquello que ha quedado suspendido; creciendo, de este modo, el amor a lo que nos rodea, la delicadeza con los allegados y la defensa de lo que compartimos

Pese a ello, no podemos renunciar a lo perdido, a lo perenne en este tiempo.

Reconstruiremos todo nuevamente, todo aquello que el Covid-19 arrasó. Hemos de transitar un trabajo de duelo, que florezca espontáneamente y permita que nuestra capacidad de amar –que en parte ha quedado libre– encuentre la manera de sustituir las situaciones perdidas, por otras nuevas, o aún más valoradas. Es el caso de lo que se denomina nueva realidad.

Se trata, entonces, de pensar en las situaciones vinculadas a los dolores que nos acarreó la pandemia, en clave pascual. Esto dará lugar a lo nuevo; se precisará para ello, contar con nuestra creatividad y solidaridad. Y a pesar de la fragilidad del sentir de hoy, podemos salir fortalecidos y con la posibilidad, tanto personal como comunitaria, de una existencia más sólida y duradera que antes.

Esto supone advertir la magia de la mirada temporal, esa que por momentos perdemos (al igual que nos ocurre en nuestra relación con Jesús) y que sabemos existe; la podemos recuperar una vez perdida, ya que esta constituye nuestro núcleo más sano, espiritual y, por tanto, humano.

Baste recordar que lo único perenne es el amor de Jesús para con nosotros.

El anillo del Rey

Hubo una vez un rey que dijo a los sabios de la corte:

-Me estoy fabricando un precioso anillo. He conseguido uno de los mejores diamantes posibles. Quiero guardar oculto dentro del anillo algún mensaje que pueda ayudarme en momentos de desesperación total, y que ayude a mis herederos, y a los herederos de mis herederos, para siempre. Tiene que ser un mensaje pequeño, de manera que quepa debajo del diamante del anillo.

Todos quienes escucharon eran sabios, grandes eruditos; podrían haber escrito grandes tratados, pero darle un mensaje de no más de dos o tres palabras que le pudieran ayudar en momentos de desesperación total...

Pensaron, buscaron en sus libros, pero no podían encontrar nada. El rey tenía un anciano sirviente que también había sido sirviente de su padre. El rey sentía un inmenso respeto por el anciano, de modo que también lo consultó. Y éste le dijo:

-No soy un sabio, ni un erudito, ni un académico, pero conozco el mensaje. Durante mi larga vida en palacio, en una ocasión me encontré con un místico. Era invitado de tu padre y yo estuve a su servicio. Cuando se iba, como gesto de agradecimiento, me dio este mensaje.

El anciano lo escribió en un diminuto papel, lo dobló y se lo dio al rey.

-Pero no lo leas –le dijo–, mantenlo escondido en el anillo. Ábrelo sólo cuando todo lo demás haya fracasado, cuando no encuentres salida a la situación.

Ese momento no tardó en llegar. El país fue invadido y el rey perdió el reino. Estaba huyendo en su caballo para salvar la vida y sus enemigos lo perseguían. Estaba solo y los perseguidores eran numerosos.

Llegó a un lugar donde el camino se acababa, no había salida: enfrente había un precipicio y un profundo valle; caer por él sería el fin. Y no podía volver porque el enemigo le cerraba el camino. Ya podía escuchar el trotar de los caballos. No podía seguir hacia delante y no había ningún otro camino...

De repente, se acordó del anillo. Lo abrió, sacó el papel y allí encontró un pequeño mensaje tremendamente valioso:

Simplemente decía: "ESTO TAMBIEN PASARA".

Mientras leía "esto también pasará", sintió que se cernía sobre él un gran silencio. Los enemigos que le perseguían debían haberse perdido en el bosque, o debían haberse equivocado de camino, pero lo cierto es que poco a poco dejó de escuchar el trote de los caballos.

El rey se sentía profundamente agradecido al sirviente y al místico desconocido. Aquellas palabras habían resultado milagrosas. Dobló el papel, volvió a ponerlo en el anillo, reunió a sus ejércitos y reconquistó el reino. Y el día que entraba de nuevo victorioso en la capital hubo una gran celebración con música, bailes... y él se sentía muy orgulloso de sí mismo.

El anciano estaba a su lado en el carro y le dijo: Este momento también es adecuado: vuelve a mirar el mensaje.

-¿Qué quieres decir? Preguntó el rey-

Ahora estoy victorioso, la gente celebra mi vuelta, no estoy desesperado, no me encuentro en una situación sin salida.

-Escucha, dijo el anciano-: este mensaje no es sólo para situaciones desesperadas; también es para situaciones placenteras. No es sólo para cuando estás derrotado; también es para cuando te sientes victorioso. No es sólo para cuando eres el último; también es para cuando eres el primero.

El rey abrió el anillo y leyó el mensaje: "Esto también pasará", y nuevamente sintió la misma paz, el mismo silencio, en medio de la muchedumbre que celebraba y bailaba, pero el orgullo, el ego, había desaparecido.

El rey pudo terminar de comprender el mensaje. Se había iluminado. Entonces el anciano le dijo:

-Recuerda que todo pasa. Ninguna cosa ni ninguna emoción son permanentes. Como el día y la noche, hay momentos de alegría y momentos de tristeza. Acéptalos como parte de la dualidad de la naturaleza porque son la naturaleza misma de las cosas.

Eugenio MASCHWITZ PIX August te-Thouard

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

Freud,S: Obras Completas tomo XIV, pág. 311. Ed. Amorrortu, Bs As, 1995